

Sin embargo, hay un caso atípico en el que el pensador comprometido con el avance social no feneció entre las balas del *statu quo*, sino bajo la metralla de quienes se consideran progresistas. Es el caso del salvadoreño Roque Dalton, paradigma del creador radicalizado, para el que pensamiento y acción no pueden existir como esferas mutuamente excluyentes.

Entre el dilema de finalizar su última novela o incorporarse a la lucha armada en su país a principios de los sesenta, el poeta opta por la segunda opción, e inicia así su azarosa vida clandestina. Escapa dos veces de prisiones salvadoreñas, donde le aguardaba la pena de muerte; viaja a México; vive largos años en Cuba y conoce de cerca la Revolución castrista; confecciona poemas; escribe ensayos y regresa a su patria, con el rostro enteramente transformado por la cirugía plástica, en 1973. Sólo dos años después, en 1975, caería asesinado por sus propios compañeros de combate. Este triunfo momentáneo de la intolerancia — porque la violencia sectaria vence, pero no convence — no afecta únicamente la vida de Roque Dalton, sino también al grupo de seres ficticios que éste había creado como escudo de su anonimato (Julio Dreyfus, Vilma Flores, Timoteo Lúe, Jorge Cruz, Juan Zapata y Luis Luna) y sobre todo al proyecto de la Revolución en El Salvador. Los afecta, pero no logra extinguir ni el aporte intelectual de Dalton ni la batalla que el país bautizado por Gabriela Mistral como “El Pulgarcito de América” brinda por desterrar el neocolonialismo de sus fronteras.

El Salvador (una monografía), es una obra que el autor escribió en 1965 durante su estancia en Cuba. Su mayor mérito, según el prefacio escrito por la representación de la Universidad de El Salvador en México en 1982, es constituir “un primer intento de interpretar científicamente el desarrollo histórico, social, económico y sobre todo político de El Salvador” desde la Colonia española hasta el periodo presidencial del coronel Julio A. Rivera, hacia mediados de la década antepasada.

Los riesgos del escrito son, no obstante, sus limitaciones últimas. En primer lugar, el autor, seguramente influenciado por el ejemplo cubano, diagnostica la existencia de una situación revolucionaria en su país, subrayando que para esas fechas el sistema oligárquico aún gozaba de cierta legitimidad — impuesta por la resignación y el miedo, es verdad — entre determinados sectores de la población. En segundo lugar, en el ensayo se caracteriza a la formación social salvadoreña como una estructura semifeudal, lo que implica que su transformación será necesariamente democrático-burguesa. Cabe anotar que las Ciencias Sociales en América Latina no habían acuñado aún el término “capitalismo dependiente”, que conlleva implicaciones prácticas distintas. En tercer lugar, el autor muestra cierta tendencia a utilizar el vocablo “fascismo” como sinónimo de autoritarismo. Al respecto, parece sensato afirmar que no todo estilo autoritario de gobierno es fascismo, aunque todo fascismo, desde el momento en que limita al individuo e hiper-

Dalton, Roque. **El Salvador (monografía)**. Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1984, 191 pp.

¿Qué tienen en común Rodolfo Walsh, Haroldo Conti, Francisco Urondo, Julio Castro, Javier Heraud y Alaide Foppa?

La respuesta — dolorosa — es inmediata: todos estos escritores fueron victimados, en diversas épocas, por las sangrientas tiranías que más como regla que por excepción ha padecido América Latina en su accidentada historia.

trofia corporativamente al Estado, desemboca fatalmente en autoritarismo. En este sentido, utilizar, como lo hace Dalton, la palabra "fascista" sin definir las peculiaridades de la inserción interna e internacional de la clase dominante, así como la esencia de ésta, puede ser un artilugio propagandístico o una filigrana literaria, pero no una categorización científica.

En el lado de los haberes de la obra, encontramos algunos muy importantes: el llamado a la unidad de las fuerzas revolucionarias, el rescate de lo nacional popular, la idea de la guerra como un proceso político-militar y no político y militar, y la idea del carácter regional de las luchas en Centroamérica, son algunos de ellos. Adicionalmente, la lectura del libro deja en el ánimo por lo menos tres impresiones, a saber:

1) *Las enormes similitudes históricas entre México y Centroamérica.* En ambas zonas florecieron culturas precolombinas con parecidos grados de desarrollo y una raíz étnica común; en el Salvador, el núcleo de la cultura indígena fueron los pipiles, que poseían una ascendencia nahoa y adoraban a Quetzalcóatl como deidad señora de su panteón, al igual que los grupos de la meseta central mexicana. Las semejanzas se prolongan al observar que la creación de economías dependientes monoproducidas durante la época colonial; el reformismo preventivo de las oligarquías que apoyaron la Independencia como defensa frente a los vientos liberales que soplaban desde la Península Ibérica; la formación de élites latifundistas agroexportadoras al amparo de ideologías liberales, y la intromisión nunca paliada de fuerzas externas (desde Barradas hasta Walker, pasando por Taylor y Lorencez), en el siglo XIX, van de la mano en las dos regiones. El paralelismo histórico se atenúa a principios del siglo XX, cuando la Revolución mexicana logra desalojar a la oligarquía agraria, lo que aún no acontece hoy en la mayor parte de América Central, particularmente en el Salvador, donde, a decir de Dalton "mientras solamente el 4.10% de los propietarios de la tierra poseen el 67.28% de ella, el 95.90% de propietarios poseen apenas el 37.72% del total". Eminentemente relacionada con el problema agrario, la Revolución centroamericana bien puede considerarse, en este aspecto, una nieta de la mexicana.

2) *El Salvador ha vivido repetidamente procesos de esperanza y frustración, de rebeldía y violencia, de libertad y masacre.* En efecto, entre 1913 y 1926 se consolida la oligarquía salvadoreña — las proverbiales y legendarias "14 familias" — y, con ella, se afirman también dos fenómenos que resultan inherentes a su estilo de dominación: por un lado, el terror como única forma de convivencia — trágica — entre cúpula y bases, y por otro la creación de un Estado-sucursal en el que las inversiones foráneas no se orientan a la acumulación y explotación de la tierra, sino hacia el control del comercio exterior, el crédito bancario y las fuentes de energía. Lógicamente, bajo el dominio estamental ejercido en conjunto por la oligarquía y los enclaves externos, la formación y, más

aún, la posible hegemonía de una burguesía nacional han brillado por su ausencia.

La matanza de decenas de miles de campesinos en 1932; el levantamiento cívico-militar que el 2 de abril de 1944 derroca al dictador Maximiliano Hernández Martínez; la frustrada "Revolución de 1948"; las sucesivas juntas de gobierno; los militares mesiánicos; los civiles bien intencionados pero débiles y, como telón de fondo el terror oligárquico, ora violentamente regionalista, ora insuflado por la guerra fría, jalónan la historia salvadoreña de este siglo.

Además, la condición dependiente del país ha deformado de manera profunda las estructuras políticas, económicas, sociales y culturales. Con altísimas tasas de natalidad, decesos infantiles, prostitución, alcoholismo y marginalidad, no es extraño leer en la obra de Roque Dalton este lapidario acerto: "el salvadoreño promedio muere antes de cumplir los 27 años de edad".

3) *A pesar de todo, una tenaz voluntad de lucha marca el origen y destino de El Salvador.* Cuando Pedro de Alvarado intentó conquistar a los pipiles, la resistencia que encontró fue mayúscula y sólo pudo superarla después de repetidos intentos. La época colonial registró en Cuscatlán varios levantamientos abortados por la represión metropolitana. Nombres como Anastasio Aquino, Gerardo Barrios y Farabundo Martí ilustran cabalmente la magnitud de la resistencia salvadoreña en toda época y ámbito.

Hoy, esa pequeña nación centroamericana vive una guerra civil, que ha dejado tras de sí una estela de cerca de 70 mil muertos y un millón de desplazados. Con todo, organizaciones populares de carácter unitario, defensores de derechos humanos, sindicatos libres, amplios sectores de la Iglesia, estudiantes y pueblo en general buscan, frente a la agresión cada vez más evidente del bloque de dominación interno-externo, crear una nueva patria con atmósfera popular, democrática y libertaria.

Antes de morir, ese gran amigo de Centroamérica que fue Julio Cortázar declaró: "no hay nada más legítimo que la Revolución salvadoreña". En su memoria y en la de Roque Dalton, esperemos que muy pronto en El Salvador nadie pueda afirmar lo que éste último, tal vez presintiendo su muerte a manos de la ortodoxia irracional, aconsejaba en uno de sus *Poemas clandestinos*:

No olvides nunca
que los menos fascistas
de entre los fascistas
también son
fascistas.

José Luis León M.